

El mes pasado visité a una pareja que he conocido desde que fui ordenado. Cuando los conocí por primera vez, tenían tres niños pequeños menores de siete años. Ahora, la más joven de sus *cinco* hijos es una estudiante de primer año en la universidad. Las fotos de sus hijos que colgaban en la pared cuando nos hicimos amigos fueron reemplazadas por fotos de sus nietos, junto con un letrero que dice: "los nietos son la recompensa de Dios por no asesinar a sus hijos".

Creo que el amor de un buen padre es un gran ejemplo del tipo del amor que Jesús nos está enseñando en el Sermón del Monte. A los padres no siempre les gustan sus hijos. A mis padres no les gustaba yo cuando era un niño pequeño y hacía una rabieta, o cuando era un adolescente hosco que prefería la compañía de cualquiera a la suya. Pero siempre me amaban. Siempre querían mi bien, aunque yo no reconociera su amor como **amor**.

El querer el bien del otro es el tipo de amor que Jesús está predicando en el Sermón del Monte. Mis padres seguían siendo buenos conmigo cuando yo no les mostraba gratitud. Desear el bien de otro sin exigirles que retribuyan es amar como Dios, *que hace brillar su sol sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos y injustos*. Dios desea el bien del santo y el pecador y el ateo y el terrorista.

Nuestra tendencia *natural* es amar a los que nos aman y evitar a los que *no* nos aman. Pero, dice Jesús, *también los cobradores de impuestos lo hacen*, porque es natural. Jesús nos invita a amar como Dios ama, una cosa que no podemos hacer sin la ayuda de Dios. El amor que mis padres tenían por mí resaltaba con mi mal comportamiento mucho más que cuando me portaba bien. Cuando era desagradecido todavía me daban la comida, ropa y educación. Todavía rezaban por mí.

¿Con qué frecuencia oran ustedes por sus enemigos? En nuestra sociedad es prácticamente una virtud odiar a las personas que son violentas, que abusan de los niños, que son injustos. Jesús nos enseña a orar por nuestros enemigos, e incluso a

actuar de tal manera que los invite a cambiar. Él cita la frase del libro de Levítico que dice: "fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente". Estaba destinado a limitar la violencia. El castigo no podía exceder a una lesión dada. Pero Jesús no permite las represalias. Si yo deseo realmente el bien de mis enemigos, si los amo como Dios los ama, yo desearé su conversión. Yo no les ayudaré huyendo de ellos. Si me uno a ellos, yo sólo aumentaré la violencia en el mundo. Así que Jesús nos muestra una tercera vía: sorprender al enemigo; reorganizándolo.

Es arriesgado, pero poderoso. "Cuando alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda." En la cultura de Jesús, nadie utilizó nunca la mano izquierda al interactuar con una persona, así que para golpear a alguien en la mejilla derecha, (Ustedes pueden tratar esto) un agresor tendría que usar el dorso de la mano. Se trataba de un gesto de desprecio, de la manera en que uno golpearía a un esclavo. Ofrecer la otra mejilla era invitar a un agresor a reconocerte como un igual.

Si alguien te llevaba a la corte sobre tu túnica, era porque eras indigente y no podías pagar la deuda de otra manera. Estaban demandando literalmente la camiseta de tu espalda. Por lo tanto, Jesús dice, da tu manto también y quédate delante de tu acreedor desnudo. Se avergonzaría, y tal vez se daría cuenta de la violencia con la que te está tratando.

Los romanos marcaban los caminos con señales de kilometraje, y los soldados podían reclutar legalmente a cualquier persona en el territorio ocupado para llevar su equipo o suministros por una milla, como un esclavo personal - pero por *sólo* una milla. Por lo tanto, Jesús dice, sigue llevando la carga, y al completar la segunda milla el soldado te pedirá la carga. Y quizás él se replanteará el abuso del tiempo y el trabajo de otra persona.

Esta estrategia puede resultar en que alguien se aproveche de nosotros. Pero sabemos que un ojo por ojo lleva a un ciclo interminable de violencia, y el huir alienta a los

injustos o violentos. Jesús dice que hagas frente a quien te hace daño como Dios le haría frente. Cambiar su corazón con tu **inesperada** dignidad y bondad. Dios desea la conversión del pecador más que cualquier otra cosa, y Él quiere que deseemos lo mismo. Para hacer esto, debemos confiar en Dios, y tener una relación íntima con Él. Nos ayuda a admitir que somos pecadores que no merecemos el extravagante cuidado de nuestro Padre. Eso hace que sea más fácil imaginar que Él ama a nuestros enemigos, también.

Es precisamente allí donde estoy más necesitado de conversión, y no solamente yo.

¿Cuántos de nosotros tenemos peleas con vecinos, hermanos, compañeros de trabajo - y por qué? ¿Qué es más importante para nosotros que su alma? ¿El dinero? ¿La propiedad? ¿Nuestro orgullo? Jesús dice que somos bendecidos cuando tenemos hambre y sed de justicia - ¡y ese deseo es más intenso cuando queremos que nuestro enemigo se vuelva justo! Cuando la fuente de nuestra dignidad es el amor de Dios, en lugar de nuestra riqueza, poder o autoestima, podemos responder a nuestro enemigo usando la "tercera vía" de Jesús. No con la violencia ni la cobardía, sino la santidad, la dignidad y el deseo por su conversión. Así es como mis amigos respondían cuando sus hijos se comportaron mal, y cómo mis padres actuaban cuando yo era un idiota. Y así es como Dios - nuestro Padre *celestial* - nos responde.

Y la recompensa que nos da no es nietos, sino llamándonos Sus hijos - para siempre.